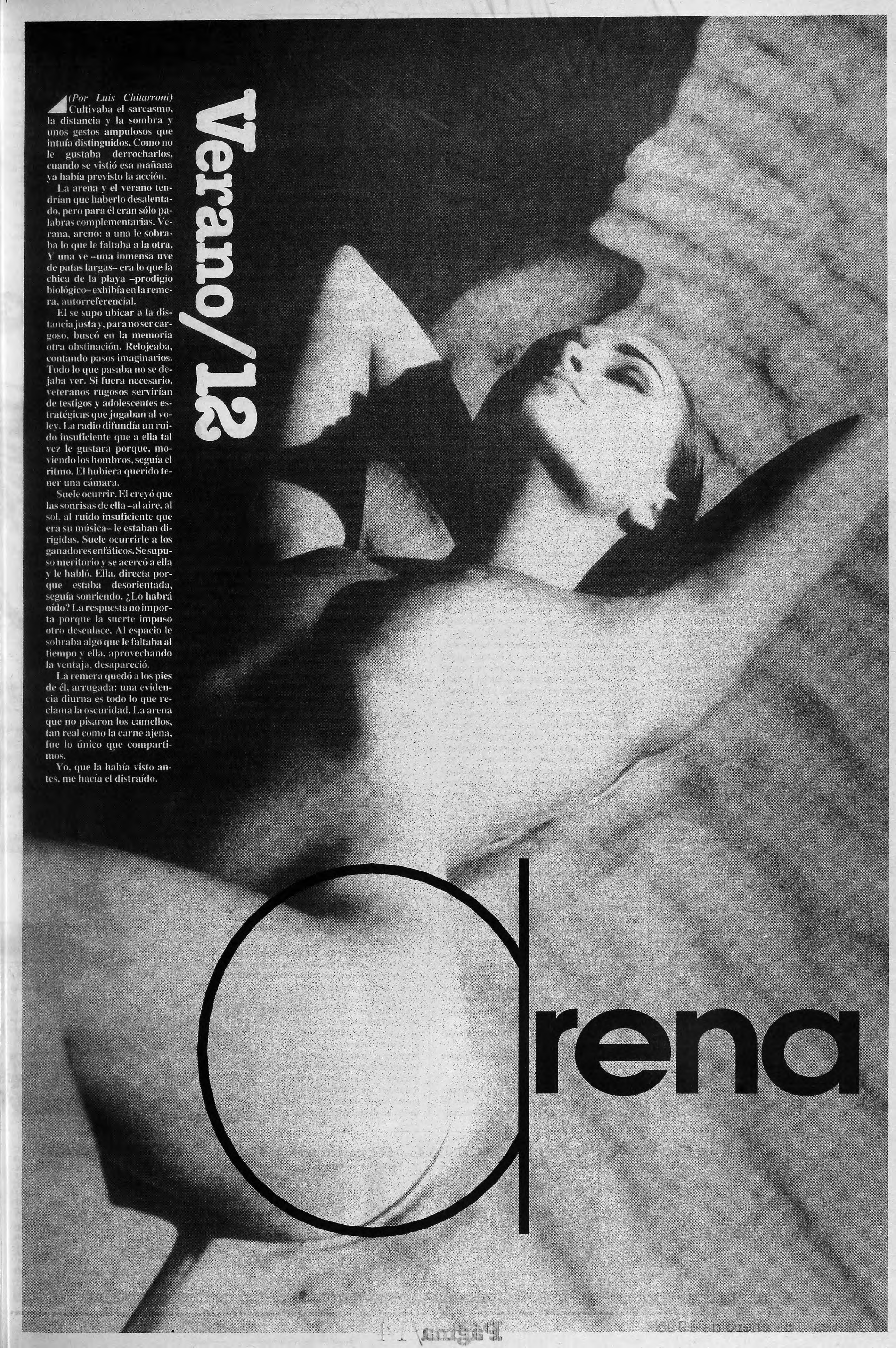


Verano/12

arena

(Por Luis Chitarroni) Cultivaba el sarcasmo, la distancia y la sombra y unos gestos ampulosos que intuía distinguidos. Como no le gustaba derrocharlos, cuando se vistió esa mañana ya había previsto la acción.

La arena y el verano tendrían que haberlo desalentado, pero para él eran sólo palabras complementarias. Verana, areno: a una le sobraba lo que le faltaba a la otra. Y una ve –una inmensa uve de patas largas– era lo que la chica de la playa –prodigio biológico– exhibía en la remera, autorreferencial.

El se supo ubicar a la distancia justa y, para no ser cargoso, buscó en la memoria otra obstinación. Relojeaba, contando pasos imaginarios. Todo lo que pasaba no se dejaba ver. Si fuera necesario, veteranos rugosos servirían de testigos y adolescentes estratégicas que jugaban al voley. La radio difundía un ruido insuficiente que a ella tal vez le gustara porque, moviendo los hombros, seguía el ritmo. El hubiera querido tener una cámara.

Suele ocurrir. El creyó que las sonrisas de ella –al aire, al sol, al ruido insuficiente que era su música– le estaban dirigidas. Suele ocurrirle a los ganadores enfáticos. Se supuso meritorio y se acercó a ella y le habló. Ella, directa porque estaba desorientada, seguía sonriendo. ¿Lo habrá oído? La respuesta no importa porque la suerte impuso otro desenlace. Al espacio le sobraba algo que le faltaba al tiempo y ella, aprovechando la ventaja, desapareció.

La remera quedó a los pies de él, arrugada: una evidencia diurna es todo lo que reclama la oscuridad. La arena que no pisaron los camellos, tan real como la carne ajena, fue lo único que compartimos.

Yo, que la había visto antes, me hacía el distraído.

La mujer fue hasta la ventana de la cocina y miró afuera. Allí, en el patio crepuscular, había un hombre rodeado de barras de gimnasia y pesas de hierro oscuro de todas clases y cuerdas para saltar y aparatos con elásticos y resortes de espiral. Vestía un equipo de gimnasia y zapatillas, y no le decía nada a nadie mientras permanecía simplemente parado en el mundo que iba oscureciéndose, y no sabía que ella lo miraba.

Era el hijo de la mujer y la gente lo llamaba el Fornido.

El Fornido apretaba en sus grandes puños un racimo de pequeños resortes de espiral. Se le perdían entre los dedos, como trucos de magia; luego reaparecían. Los estrujaba. Desaparecían. Los soltaba. Volvían.

Hizo esto durante diez minutos; el resto de su cuerpo estaba inmóvil.

Después se agachó y levantó la barra con pesas de cincuenta kilos, sin hacer ruido, sin respirar. La movió una cantidad de veces por encima de la cabeza, luego la abandonó y entró en el garaje abierto, entre las diversas tablas de surf que él había recortado y pegado y lijado y pintado y encerado, y allí golpeó una bolsa de arena, con facilidad, rápido, ininterrumpidamente, hasta que se le humedeció el enrulado pelo de oro. Entonces paró y se llenó de aire los pulmones hasta que su pecho midió casi un metro y medio de circunferencia, y se quedó de pie allí, con los ojos cerrados, viéndose en un espejo invisible, aplomado y tremendo, ciento diez kilos de músculos, bronceado por el sol, salado por el viento del mar y su propio sudor.

Exhaló. Abrió los ojos.

Entró en la casa, en la cocina, y no miró a su madre, esa mujer, y abrió la heladera y dejó que el frío ártico lo envolviera en vapor mientras bebía un litro de leche directamente del cartón, sin dejar de beber en ningún instante, tragando y tragando. Después se sentó a la mesa de la cocina para examinar las calabazas de Halloween.

Ese día, más temprano, había salido a comprar las calabazas y las había tallado casi todas y hecho un buen trabajo: eran hermosas y se sentía orgulloso de ellas. Ahora, con un aire infantil, allí en la cocina,comenzó a tallar la última. Uno nunca habría sospechado que tenía treinta años; aún se movía con tanta rapidez, con tanta tranquilidad, al realizar acciones importantes como alcanzar una ola con una tabla de surf apuntada hacia arriba, o ahí, con el ligero movimiento de un cuchillo, calar un ojo de Halloween. La lamparita eléctrica llenaba el alboroto estival de su cabello, pero no revelaba ninguna emoción en su rostro, salvo ese único y empeñoso propósito de tallar. En él todo era músculo, sin nada de grasa, y esos músculos esperaban detrás de cada movimiento del cuchillo.

La madre iba y venía en tareas personales por la casa, y después fue a mirar al hijo y las calabazas y a sonreír. Estaba acostumbrada a él. Lo oía todas las noches aporreando la bolsa de arena allá afuera, o estrujando en las manos los resortecitos de metal o gruñendo cuando levantaba su mundo de pesas y las sostenía en equilibrio sobre los hombros extrañamente quietos. Estaba acostumbrada a todos esos sonidos, así como sabía que el océano llegaba a la orilla más allá del chalé y allí se echaba chato y brillante en la arena. Así como estaba acostumbrada, ahora, a oír al Fornido hablar cada noche por teléfono y decirles a las chicas que estaba cansado y que no, que esa noche tenía que encerar el auto, o hacer sus ejercicios delante de los muchachos de dieciocho años que lo llamaban.

La madre carraspeó.

–¿Estuvo buena la cena esta noche?

–Claro –respondió él.

–Tuve que conseguir carne especial. Compré espárragos frescos.

–Estuvo buena –dijo el hijo.

–Me alegra que te haya gustado, siempre me gusta que te guste.

–Claro –dijo él, trabajando.

–¿A qué hora es la fiesta?

–A las siete y media. –Terminó el último trazo de la sonrisa en la calabaza y se echó atrás en la silla–. Por si aparecen todos..., porque podrían no venir..., compré dos jarras de sidra.

Se puso de pie y fue a su dormitorio, macizo y tranquilo; sus hombros llenaban el umbral y un poco más. Dentro de la habitación, en la semioscuridad, mientras se ponía el disfraz, hizo la extraña pantomima de un hombre que lucha seria y silenciosamente con un rival invisible. Un minuto después se acercó a la puerta de la sala, lamiendo un gigantesco chupetín a rayas, de menta. Llevaba un par de pantalones cortos, negros, una camisa infantil con volados en el cuello y una gorra de escolar. Lamía el chupetín y decía: "¡Soy el nenito malo!", y la mujer que había estado mirándolo reía. Caminaba por toda la habitación con un andar exagerado de niñito, lamiendo el enorme chupetín, mientras la mujer se reía y él decía cosas y simulaba llevar un gran perro atado a una cuerda.

–¡Serás el alma de la fiesta! –exclamó la mujer, con la cara rosada y exhausta. Ahora él también reía.

Sonó el teléfono.

El Fornido fue a los tropezones a atenderlo en el dormitorio. Habló un largo rato, y la madre lo oyó decir "Oh, por el amor de Dios" varias veces, y al fin volvió a la sala, lento y macizo, con expresión obstinada.

–¿Qué pasa? –quiso saber la madre.

–Uf –dijo él–, la mitad de los muchachos no van a ir a la fiesta. Tienen otros compromisos. Era Tommy el que llamaba. Tiene que salir con una chica de algún lugar. ¡Maldición!

–Irán bastantes –dijo la mujer.

–No sé –replicó el hijo.

–Irán bastantes para una fiesta –insistió ella–. Tú ve igual.

–Debería tirar calabazas a la basura –dijo él, ceñudo.

–Tú ve lo mismo y pásalo bien –dijo la madre–. Hace semanas que no sales.

Silencio. El Fornido se quedó allí retorciendo el enorme chupetín, grande como su propia cabeza, haciéndolo girar entre los dedos grandes y musculosos. Parecía como si en cualquier momento fuera a hacer lo que hacía otras noches. Algunas noches se apretaba arriba y abajo en el suelo, con los brazos, y algunas noches jugaba un partido de básquetbol consigo mismo y apuntaba los tantos, equipo contra equipo, blanco contra negro, en el patio de atrás. Algunas noches se quedaba por ahí y después desaparecía de pronto y uno lo veía allá lejos, en el océano, nadando, largo y fuerte y tranquilo como una foca bajo la luna llena, o uno podía no verlo en esas noches en que no había luna y sólo las estrellas pasaban sobre el agua, pero uno oía allá, de vez en cuando, un débil chapoteo cuando él se sumergía y permanecía bajo el agua un largo rato y subía, o a veces salía con la tabla de surf tan lisa como las mejillas de una muchacha, lijada hasta la tersura, y venía montándola, enorme y solo sobre una ola blanca y espectral que espumaba a lo largo de la orilla y tocaba las arenas con la tabla cuando él se bajaba como un visitante de otro mundo y se quedaba un largo rato sosteniendo la tabla de surf lisa y tersa a la luz de la luna, un hombre tranquilo y un inmenso objeto con forma de lápida sin nada escrito encima. En todas las noches como ésa de los años pasados, el Fornido había sacado a pasear a una chica tres veces en una sola semana, y ella comía mucho y cada vez que él la veía ella decía: "Vamos a comer", y entonces una noche él la llevó a un restaurante y abrió la puerta del auto y la ayudó a bajar y volvió a subir y dijo: "Ahí está el restaurante. Hasta luego". Y se fue. Y volvió a nadar allá lejos, solo. Mucho después, una chica demoró demasiado arreglándose y llegó media hora tarde, y él nunca volvió a hablarle.

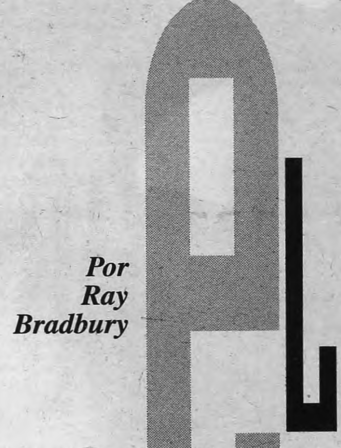
Ahora, pensando en todo eso, recordando todo eso, la madre lo miró.

–No te quedes ahí –le dijo–. Me pones nerviosa.

–Y bueno –contestó él, resentido.

–¡Vete! –gritó la mujer. Pero no gritó lo bastante fuerte. Incluso a ella misma su voz le sonó débil. Y no supo si su voz era naturalmente débil o si ella la hacía de ese modo. Hubiera dado lo mismo que hablara del invierno que se acercaba; todo lo que ella decía tenía un sonido solitario. Y de nuevo oyó la palabra que le salía de la boca, sin fuerzas: –¡Vete!

El tema es el siempre peligroso amor de madre. Y el autor es Ray Bradbury, célebre frecuentador de infantes monstruosos, noches de Halloween inolvidables y espejos deformantes de verdades demasiado terribles para ser ciertas aunque lo sean. El presente relato forma parte de *Caricias de horror II* –nueva antología de terrores sensuales– que Emecé acaba de editar.



Por Ray Bradbury



El hijo entró en la cocina.

–Supongo que irán bastantes muchachos –dijo.

–Seguro que sí –repuso la mujer, sonriendo de nuevo. Siempre sonreía de nuevo. A veces, cuando hablaba con el hijo, noche tras noche, parecía como si también ella estuviera levantando pesas. Cuando el Fornido andaba por las habitaciones, daba la impresión de que era ella quien caminaba por él. Y cuando él se sentaba a cavilar, como hacía a menudo, la madre miraba alrededor en busca de algo que hacer, como quemar las tostadas o cocinar demasiado la carne. Lanzó una risa breve, débil y sofocada, como un ladrido.

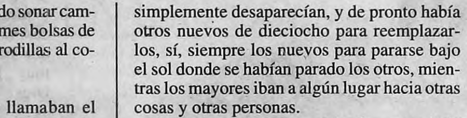
–Vete, sal a divertirte.

Pero los ecos de sus palabras se movieron por la casa como si ya estuviera vacía y fría y él debiera volver a aparecer en la puerta. Los labios de la madre se movieron:

–Vete volando.

El hijo agarró la sidra y las calabazas y las llevó apresuradamente al coche. Era un auto nuevo y había permanecido nuevo y sin usar durante casi un año. El Fornido lo lustraba y experimentaba con el motor o se echaba debajo durante horas metiendo la mano en todos los hierros que había allí, o simplemente se sentaba en el asiento de adelante a leer a medias las revistas sobre fuerza y salud, pero rara vez lo manejaba. Puso orgullosamente la sidra y las calabazas talladas en el asiento delantero, y para ese momento pensaba en el posible buen rato que pasaría esa noche, de modo que ensayó un breve tambaleo de niñito como si fuera a caérsele todo, y la madre rió. Volvió a lamer el chupetín, saltó al auto, lo hizo retroceder por el sendero de grava, lo desvió para tomar el camino junto al océano, sin mirar a esa mujer, y se alejó por el camino de la costa. La madre se quedó parada en el patio mirando cómo se marchaba el auto. Willliam, mi hijo, pensó.

Eran las siete y cuarto y ya estaba muy oscuro; los chicos revoloteaban por las veredas disfrazados con sábanas blancas de fantasmas y



;aras de óxido de cinc, haciendo sonar cam-tas, chillando, agitando deformes bolsas de l que les pegaban contra las rodillas al co-

illiam, pensó la mujer.

o lo llamaban William; lo llamaban el ido y Sammy, que era la abreviatura de ón. Lo llamaban Butch y lo llamaban s y Hércules. En la playa uno siempre veía chicos de la escuela secundaria rodeán-para palparle los bíceps como si él fuera auto deportivo nuevo, examinándolo, rándolo. El Fornido caminaba dorado ellos. Todos los años era así. Y después le dieciocho cumplían diecinueve y no an tan a menudo, y después veinte y muy vez, y después veintiuno y nunca más, simplemente desaparecían, y de pronto había otros nuevos de dieciocho para reemplazarlos, sí, siempre los nuevos para pararse bajo el sol donde se habían parado los otros, mientras los mayores iban a algún lugar hacia otras cosas y otras personas.

William, mi buen muchacho, pensó la mujer. Los sábados a la noche vamos a ver espectáculos. El trabaja todo el día en los cables de alta potencia, allá arriba, en el cielo, solo, y de noche duerme solo en su cuarto, y nunca lee un libro o un diario ni escucha una radio ni pone un disco, y este año cumplirá treinta y uno. ¿Y cuándo, en todos esos años, ocurrió eso que lo llevó a subirse a ese poste, solo, y a trabajar solo allá afuera todas las noches? Por cierto que había habido bastantes mujeres, aquí y allá, de vez en cuando, a lo largo de su vida. Pequeñas mezquinas, por supuesto, tontas, sí, a juzgar por su apariencia, pero mujeres, o muchachas, más bien, y ninguna digna de mirarla una segunda vez. Aun así, cuando un muchacho pasa los treinta... Suspiró. Sin embargo, hacía muy poco, la noche anterior, había sonado el teléfono. El Fornido lo había atendido y la madre pudo completar la mitad no oída de la conversación; había oído miles de otras semejantes en una docena de años:

–Sammy, habla Christine. –Una voz de mujer–. ¿Qué estás haciendo?

Las pestañitas doradas del hijo aletearon y la frente se le frunció, alerta y cautelosa.

–¿Por qué?

–Tom, Lu y yo vamos al cine, ¿quieres venir?

–¡Mejor que sea una película buena! –gritó el Fornido, indignado.

Christine le dijo el título.

–¡Esa! –resopló él.

FORNIDO

–Es una buena película –dijo la muchacha.

–Esa no –replicó el Fornido–. Además, hoy todavía no me afeité.

–Puedes afeitarte en cinco minutos.

–Necesito un baño, y demoraría mucho tiempo.

Mucho tiempo, pensó la madre; hoy estuvo dos horas en el baño. Se peina dos docenas de veces, se alborota el pelo, se lo peina de nuevo, hablando solo.

–Bueno, está bien. –La voz de la mujer en el teléfono–. ¿Esta semana vas a ir a la playa?

–El sábado –respondió el Fornido, antes de pensarlo.

–Entonces te veo allá –dijo la chica.

–Quise decir el domingo –se apresuró a decir él.

–Podría cambiar por el domingo –replicó ella.

–No sé si podré ir –atajó él, más rápido aún–. Mi auto no anda bien.

–Claro, Sansón –dijo la muchacha–. Hasta pronto.

Y el Fornido se había quedado allí largo rato, haciendo girar en la mano el tubo silencioso. Bueno, pensó la madre, ahora lo está pasando bien. Una buena fiesta de Halloween, con todas las manzanas que llevó, atadas en ristras, y las manzanas sueltas para tratar de agarrarlas con la boca en el barril con agua, y las cajas de caramelos, los granos de maíz dulce que tiene realmente el sabor del otoño. Anda corriendo por ahí como el nenito malo, pensó la mujer, lamiendo el chupetín, mientras todos gritan, tocando cornetas, riendo, bailando.

A las ocho, y otra vez a las ocho y media y a las nueve, la madre fue hasta la puerta de alambre tejido y miró hacia afuera y casi podía oír la fiesta a lo lejos, en la playa oscura, los sonidos que traía el viento tonificante, furioso y salvaje, y deseó poder está allá en la cabañita por encima de las olas, en el muelle, todos remolineando con sus disfraces, y todas las calabazas talladas, cada una de una manera diferente, y un concurso para elegir la mejor máscara casera o el mejor maquillaje, y demasiadas palomitas de maíz para comer y...

Se agarró del picaporte de la puerta de alambre, con la cara rosada y excitada, y de pronto se dio cuenta de que los chicos habían dejado de ir a pedir por las casas. Halloween, aunque fuera para los chicos del barrio, ya había pasado.

Fue a mirar en el patio.

La casa y el patio estaban demasiado callados. Era extraño no oír los tiros de la pelota de básquet en la grava o el zumbido constante de la bolsa de arena al recibir los golpes. O el ruidito a pinzas de los resortes.

¿Qué pasaría, pensó, si esa noche el Fornido encontraba a alguien, si encontraba a alguien allá y simplemente no volvía más, no volvía más a casa? Ni una llamada telefónica. Ni una carta, así podía suceder. Ni una palabra. Sencillamente marcharse y no volver jamás. ¿Qué pasaría? ¿Qué pasaría?

¡No!, pensó, no hay nadie, nadie allá, nadie en ninguna parte. Sólo existe este lugar. Este es el único lugar.

Pero el corazón le latía rápido y la mujer tuvo que sentarse.

El viento soplaba suave desde la orilla.

La mujer encendió la radio pero no la oía.

Ahora, pensó, no hacen nada salvo jugar a la gallina ciega, sí, eso es, la gallina ciega, y después solamente...

Dio un respingo y saltó.

Las ventanas habían estallado con una luz cruda.

La grava lanzó un rocío de ametralladora mientras el auto entraba traqueteando, frenaba y se detenía, con el motor acelerado. En el patio las luces se apagaron. Pero el motor seguía en marcha, despacio, más acelerado, despacio.

La mujer alcanzaba a ver la figura oscura en el asiento delantero del coche; no se movía, miraba directo hacia adelante.

–Tú... –empezó a decir la madre, y abrió la puerta de alambre tejido. Encontró una sonrisa en su boca. La contuvo. Ahora el corazón le latía más lento. Se obligó a arrugar la frente.

El hijo apagó el motor. La mujer esperaba. El Fornido bajó del auto y tiró las calabazas al tacho de basura y puso la tapa de un golpe.

–¿Qué pasó? –preguntó la mujer–. ¿Por qué estás en casa tan temprano...?

–Nada. –Pasó junto a ella rozándola con los ocho litros de sidra intactos. Puso las jarras en la pileta de la cocina.

–Pero todavía no son las diez...

–Así es. –Entró en el dormitorio y se sentó en la oscuridad.

La madre esperó cinco minutos. Siempre esperaba cinco minutos. El quería que ella fuera a preguntarle, se hubiera vuelto loco si ella no lo hacía, así que al fin la mujer fue y miró en el dormitorio oscuro.

–Cuéntame –dijo. –Oh, todos estaban parados alrededor –dijo el hijo–. Se limitaron a quedarse parados ahí alrededor como un montón de tontos, sin hacer nada.

–Qué lástima.

–Se quedaban ahí como tarados.

–Ah, pero qué lástima.

–Traté de animarlos a hacer algo, pero se quedaron ahí. Fueron solamente ocho, ocho de veinte, ocho, y yo el único disfrazado. Tal como te digo. El único. Qué montón de estúpidos.

–Con todo el trabajo que te tomaste además.

–Estaban con sus chicas y se quedaron ahí con ellas y no hacían nada, ni juegos ni nada. Algunos se fueron con las chicas –dijo el Fornido en la oscuridad, sentado, sin mirar a la madre–. Se fueron a la playa y no volvieron. Te lo juro. –Se puso de pie, enorme, y se apoyó contra la pared; se lo veía todo desproporcionado con los pantalones cortos. Había olvidado la gorra infantil que tenía en la cabeza. De repente se acordó, se la sacó y la arrojó al piso–. Traté de hacerles bromas. Jugué con un perro de juguete e hice algunas otras cosas, pero nadie hacía nada. Me sentía como un tonto, el único que estaba ahí vestido así, y todos ellos diferentes y solamente ocho de veinte, y la mayoría se fue en media hora. Estaba Vi. Trató de convencerme para que también yo fuera a la playa. Para entonces ya estaba furioso. Realmente furioso. Le dije no gracias. Y aquí estoy. Puedes quedarte con el chupetín. ¿Dónde lo puse? Tira la sidra por el desagüe, bébela, no me importa.

La mujer no se había movido ni un centímetro en todo el tiempo en que él habló. Abrió la boca.

Sonó el teléfono.

–Si son ellos, no estoy en casa.

–Es mejor que atiendas –dijo la madre.

El Fornido agarró el teléfono y levantó el tubo de golpe.

–¿Sammy? –dijo una voz aguda y clara. El Fornido sostenía el tubo en el aire, mirándolo enojado en la oscuridad–. ¿Eres tú? –El gruñó–. Habla Bob. –La voz de dieciocho años se apresuró a continuar–. Me alegro de que estés en casa. Estoy muy apurado, pero..., ¿qué pasa con ese partido de mañana?

–¿Qué partido?

–¿Qué partido? Por favor, estás bromeando. ¡Notre Dame y SC!

–Ah, fútbol.

–No digas "ah, fútbol" así, tú lo organizaste, te esforzaste, *tú* dijiste...

–Ese no es un partido –dijo el Fornido, sin mirar el teléfono, el tubo, a la mujer, la pared, nada.

–¿Quieres decir que no vas a ir? ¡Fornido, sin ti no será un *partido*!

–Tengo que regar el césped, lustrar el auto...

–¡Puedes hacerlo el domingo!

–Además, creo que viene a verme mi tío. Hasta luego.

Colgó y pasó junto a la madre en dirección al patio. Mientras se preparaba para acostarse, ella oyó los sonidos del hijo allá afuera.

El Fornido debía de haber aporreado la bolsa de arena hasta las tres de la mañana. Las tres, pensó la madre, completamente despierta, mientras escuchaba los golpes. Antes, siempre había parado a las doce.

A las tres y media entró en la casa.

La mujer lo oyó detenerse ante la puerta de su dormitorio.

El no hizo nada más que quedarse allí de pie en la oscuridad, respirando.

La mujer tenía la sensación de que el hijo aún llevaba puesto el traje de nenito. Pero no quería saber si era cierto.

Al cabo de un largo rato la puerta se abrió lentamente.

El Fornido entró en la habitación oscura y se echó en la cama, junto a la mujer, sin tocarla. Ella fingió estar dormida.

El se quedó echado boca arriba y rígido. Ella no podía verlo. Pero sentía que la cama se sacudía como si él estuviera riéndose. No alcanzaba a oír ningún sonido que saliera de él, de modo que no podía saberlo con certeza.

Y entonces oyó los chirridos de los pequeños resortes de acero apretados y desapretados, apretados y desapretados en los puños del Fornido.

La madre deseaba sentarse en la cama y gritarle que tirara esos espantosos objetos ruidosos. Deseaba sacárselos de entre los dedos de una bofetada.

Pero entonces, pensó, ¿qué haría él con las manos? ¿Qué podría poner en ellas? ¿Qué haría él, sí, qué haría con las manos?

De modo que hizo lo único que podía hacer: contuvo el aliento, cerró los ojos, escuchó y rezó: "Oh, Dios, que siga, deja que siga estrujando esas cosas, deja que siga estrujando esas cosas, déjalo, déjalo, oh, deja que siga, que siga estrujando..., deja..., deja...".

Era como estar acostada con un gran grillo oscuro.

Y faltaba mucho para el amanecer.

Se reproduce aquí por gentileza de Emecé.

LA LUCHA CONTINUA

Por Juan Sasturain

Resumen: *Pirovano, veterano ex arquero –jamás se saca el guante de su mano izquierda– y representante de jugadores (tiene una historia con Bárbara, la mujer del zaguero Armendáriz), recibe la dura visita de los luchadores Roperito Aguirre y El Troglodita, que buscan al viejo detective Etchenique, ya retirado. Llega una rubia con revólver.*

3 APRIETES

Era Bárbara, claro. Impecable, se había vestido claro para venir, se había pintado oscuro después de subir por la escalera; el perfume se le adelantaba dos metros, los zapatos hacían juego con los ojos, los ojos con las luces bajas, ya turbias, de la oficina.

El 38 en su mano no tenía nada que ver:

–¿De quién es esto? Lo encontré en el suelo.

–Mío, dame...

Lo tomé por el caño y me lo guardé en el bolsillo.

Mis visitas se miraban como esperando el gong.

–Los Gigantes... Bárbara... –dije señalando los respectivos rincones.

Después hice un gesto vago de espera, la tomé de la muñeca y entré de nuevo con ella en el privado. Cerré la puerta:

–¿Qué pasó con Sebastián, qué le dijiste?

No contestó: me echó los brazos al cuello y me besó durísimo, sabiamente.

–Tranquilo... –dijo después, sonriendo apenas sobre mis labios–. No pasa nada. ¿Quiénes son esos tipos? ¿Por qué andás con revólver?

Se lo expliqué en dos minutos.

–...y buscan a Etchenique –concluí.

–¿A quién?

Para eso necesitaba media hora, así que opté por la más fácil:

–Un investigador privado, el viejo que ocupaba la oficina de al lado.

–¿Y ya se van?.

Sólo eso le interesaba saber.

–Sí. Esperame cinco minutos.

Volví con la agenda a darles la última dirección de Etchenique a los Gigantes:

–Pichincha 658, San Cristóbal... No sé si es buena. Me la dejó el nieto, el año pasado.

–Gracias.

Agradecían pero no tenían dónde anotar. Escribí en el reverso de una tarjeta mía y se la puse en el bolsillo de la camisa a Zolezzi como quien da una estampita.

–¿Para qué lo buscan? Está retirado –insistí como un idiota.

Se miraron en silencio. El Troglodita le tocó el hombro y el otro movió la silla, avanzaron por el pasillo:

–Necesitamos protección –dijo Zolezzi volviéndose apenas.

Me quedé callado y ellos siguieron.

Cuando llegaron a la escalera, el Roperito se tiró de la silla y encaró para abajo. Hacía los mismos ruidos que Tarzán saltando de liana en liana, exclamaciones ahogadas.

No supe si reír o llorar.

Entré y cerré con llave. Eran las ocho. Atardecía prolijo y gris brillante en la ventana sobre la avenida.

–¿Se fueron? Bárbara estaba en el sillón donde nos habíamos amado fieramente por primera y única vez entre las 16 y las 19 del último domingo. Mientras Sebastián se prodigaba en las dos áreas de un clásico reñido, ponía fuerte al borde de la tarjeta amarilla y se jugaba en cambios de frente de treinta metros, Bárbara y yo descubríamos que era cierto: nos teníamos ganas desde hacía meses y darnos el gusto era lo mejor que nos había pasado en años.

Sin embargo, no era algo cómodo o agradable de pensar.

–¿Qué querés hacer? –dije y di vuelta el casete de Camarón.

Ella sonrió:

–Pensé mucho en vos, Pedro.

–Yo también.

Mientras me acercaba, ella se deslizó hacia abajo en el respaldo del sillón para recibirme. Estaba muy hermosa. Veintitrés años, Dios.

–Estuve pensando y no puede ser... –dije y me senté. Después argumenté lo usual, lo verdadero: estás confundida, estoy disponible, me gustás, fue bueno lo del domingo pero no.

Al rato estábamos abrazados, semidesnudos, sudorosos. De pronto se detuvo:

–¿Vamos a tu casa?

–No. Está Dolores –y quise seguir–. Sacate todo.

–Bueno. Pero vos sacate el guante...

–No.

Me manoteó. Forcejeamos y se reía mucho. Terminamos haciendo el amor por segunda vez, ahora bajo el escritorio.

Fue mejor aún que la anterior. No me animé a decirlo. Fumamos el único cigarrillo mientras Camarón llenaba de gritos la penumbra. Me tocó el brazo y bajó un dedo por la rugosidad del guante:

–¿En serio no te lo sacás nunca?

–Nunca.

Sonó el teléfono.

–Pirovano –dije sentado en el suelo, desnudo y ridículo.

–Era la dirección de un geriátrico, Pirovano –me informó Roperito como si fuera culpa mía–. Y Etchenique está herido y preso...

–¿Dónde están?

Mientras Bárbara se ponía la bombachita en la oscuridad comprobé que una vez más no sabía dónde había dejado el 38.

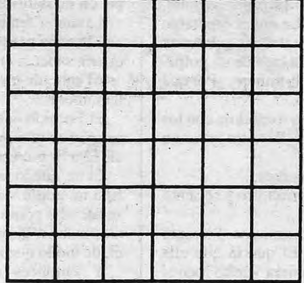
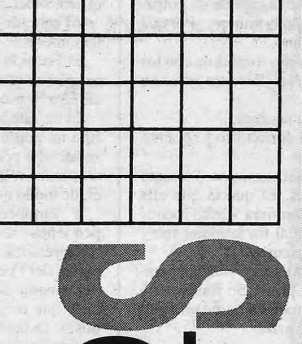
Mañana
4. El veterano

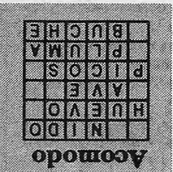
Juegos

ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

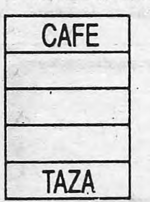
NIDO
HUEVO
AVE
PICOS
PLUMA
BUCHE



ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.



GOZO

PENA

Escaleras
A. Café, cave, cava, caza, taza, B. Gozo, goza, roza, raza, rana, pana, pena.

ACADEMICO

Descubra el verdadero significado de cada palabra. Hay cinco respuestas correctas A, cinco B y cinco C.

1. **Broncíneo** - **A:** De bronce o parecido a él. **B:** Bronceado. **C:** Persona de tez mate.
2. **Burdégano** - **A:** Planta utilizada para adornos navideños. **B:** Animal cruza de un caballo y una burra. **C:** Lengua de Bulgaria.
3. **Calamita** - **A:** Piedra imán, brújula. **B:** Desastre, desgracia. **C:** Silicato de zinc.
4. **Calciforme** - **A:** Del calcio. **B:** Metal sometido al calor. **C:** En forma de cáliz.
5. **Canícula** - **A:** Bolilla de vidrio. **B:** Epidermis. **C:** Epoca más calurosa del año.
6. **Decámetro** - **A:** Múltiplo del metro: diez metros. **B:** Múltiplo del metro: cien metros. **C:** Múltiplo del metro: mil metros.
7. **Demonomanía** - **A:** Manía del que se cree mono. **B:** Estudio estadístico. **C:** Manía del que se cree poseído por el demonio.
8. **Esfenoides** - **A:** Hueso de la pierna. **B:** Hueso del cráneo. **C:** Hueso de la mano.
9. **Esparavel** - **A:** Tipo de espada. **B:** Red redonda para pescar. **C:** Cosa para espantar.
10. **Flóculo** - **A:** Imagen que se distingue en el disco del Sol. **B:** Flexible. **C:** Que tiene flores.
11. **Francolín** - **A:** Que simpatiza con Francia. **B:** Que dice lo que piensa. **C:** Ave de plumaje negro con pintas blancas.
12. **Herpetología** - **A:** Rama de la zoología. **B:** Rama de la botánica. **C:** De los herpes.
13. **Hirsuto** - **A:** Que hiere. **B:** Se aplica al pelo grueso y rígido. **C:** Del día de hoy.
14. **Jamba** - **A:** Parte de las reses. **B:** Pieza que sostiene el dintel de una puerta. **C:** Baile de Brasil.
15. **Jipiar** - **A:** Girar. **B:** Molestar, fastidiar. **C:** Hipar, gemir, gimotear.

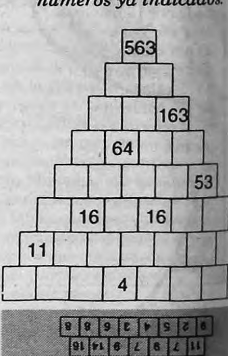
CALIFICACION

15 puntos ______ académico
11 a 14 ______ maestro
6 a10 ______ bachiller
5 o menos ______ alumno

Académico
1: A. 2: B. 3: A. 4: C. 5: C. 6: A. 7: C. 8: B. 9: B. 10: A. 11: C. 12: A. 13: B. 14: B. 15: C.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.



563
265 298
130 135 163
66 64 71 92
34 32 32 39 53
18 16 16 16 23 30
11 7 9 7 9 14 16
9 2 5 4 3 6 8 8